



“En *Candidatos muertos* Juan Álvarez nos da su visión de lo que fue Bogotá, en términos musicales, sociales y políticos, durante la década de los noventa. La vida de los músicos está tan bien retratada que asusta”.

JOSELO RANGEL, guitarrista de Café Tacvba

“Un libro que respira espíritu musical: ese misterioso y particular proceso de una banda que se junta; ese encontrarse entre los músicos, ese encontrar al músico entre uno mismo; ese rebuscarse de aquellos que quieren que la música sea su quehacer”.

ANDREA ECHEVERRI, cantante de Aterciopelados

“Cualquier historia sobre el rock habla sobre el fracaso; sobre promesas fallidas y esperanzas truncadas. Por eso una historia sobre rock colombiano en los noventa puede hablar sobre ‘candidatos muertos’. Eso hace Álvarez en esta novela: se encarniza con una de esas aventuras libertarias que jamás tuvieron oportunidad de trascender”.

FERNANDO DEL CASTILLO, 1280 Almas

“Hasta que alguien noveló eso que tantos tuvimos tan atravesado en la garganta: la urgencia de hacer rock, en una década como los noventa, y en una ciudad como Bogotá”.

NICOLÁS VALLEJO, Editor de Música, *Vice Colombia* /
Cantante de La MiniTK del Miedo.

PLANETA

CONTEMPORÁNEO

CANDIDATOS MUERTOS

JUAN ÁLVAREZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: © Shutterstock

© Juan Álvarez, 2011

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5529-7

ISBN 10: 958-42-5529-0

Primera impresión en esta edición: octubre de 2016

Segunda impresión en esta edición: junio de 2019

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

JUAN ÁLVAREZ (biografía)

(Neiva, Colombia, 1978) es MFA del Departamento bilingüe de creación literaria de la Universidad de Texas en El Paso, y Ph.D del Departamento de culturas latinoamericanas e ibéricas de la Universidad de Columbia en Nueva York. Ganó el Premio Nacional de Cuento “Ciudad de Bogotá” 2005 por el libro *Falsas alarmas*, y el Premio de Ensayo Revista Iberoamericana 2010 por un texto sobre el insulto y la ofensa como instrumentos políticos en la historia de Colombia. En 2011 publicó la novela *C. M. no récord* y fue elegido entre “Los 25 secretos mejor guardados de América Latina”, selección convocada por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Su novela *La ruidosa marcha de los mudos* (2015) y su colección de relatos *Nunca te quise dar en la jeta, Javier* están publicadas en el sello Seix Barral.

Twitter: @_JuanAlvarez_

A la memoria de Alejandra Díaz Lezama

*Son hermosos ruidos que salen de las tiendas
atraviesan a la gente y les mueven los pies.
Baterías marchantes, guitarras afiladas,
voces escépticas que cantan de política.*

...

*We are sudamerican rockers,
nou sommes rockers sudamericans.*

*No nos acompleja revolver los estilos
mientras huelan a gringo y se puedan bailar.
Nuestra pésima música no es placer para dioses,
jamás ganaremos la inmortalidad.*

...

*We are sudamerican rockers,
nou sommes rockers sudamericans.*

LOS PRISIONEROS

*—¿Cómo va la gente a la guerra?
—La gente va a la guerra cantando.*

ANÓNIMO

CONTENIDO

Capítulo 1.....	15
Capítulo 2	67
Capítulo 3	120
Capítulo 4	177
Capítulo 5.....	221
Capítulo 6	258

CAPÍTULO 1

Silvana estrujada al lado de sus dos amigas. Silvana y su espalda enérgica y los audífonos de su walkman plateado prendidos del cuello. Silvana que gira y se empina con fastidio: cara agria, ojeras pintorreteadas, sus ojos oscuros que por un segundo se acercan y se alejan de mí. La policía grita. La gente chifla. Nosotros buscamos cómo pasarnos a la fila de los hombres. Ahí lo mismo: empujones y quejas. Que todo eso para qué, que abrieran más puertas, que olía a mierda y que qué vaina era esa de hacerle a uno quitarse hasta las medias.

Mi requisa no fue nada comparada con la que le metieron a Ivancho. Apenas me tantearon las pantorrillas, la cintura y el bolsillo canguro de mi saco de capucha negra. Cero preguntas. Ivancho me había dicho que estuviera fresco. Lo que cargaba ni siquiera era suficiente para disgustarlos. Si me pillaban me lo quitaban y listo. Su optimismo no era que me convenciera, pero tenía sentido dejarme usar porque el man se portaba bien al andar conmigo y presentarme a Silvana. Pasé el último control, caminé dos

metros, respiré aliviado y me di la vuelta. Qué espectáculo el que me encontré.

El primero en esculcarlo fue un auxiliar. Piernas, cintura, brazos extendidos. Normal. Cuando iba a dejarlo pasar un teniente se acercó y preguntó si le habían revisado la cabeza. El auxiliar se sorprendió, el teniente se olió la desatención y le dijo: “No ve que estos muchachos encaletan vicio en las rastas”, y de un manotazo le quitó a Ivancho su gorro de lana. “Vea y aprenda, Torres, no sea ingenuo, que por acá la debe de tener”. Después de unos segundos de empinarse y revolverle las rastas grasosas a Ivancho dio un salto atrás, evidentemente rabón por el olor y por no encontrar nada. “¿Es que usted no se lava esa cabeza, joven?” Ivancho no contestó. “A ver, Torres, hágale usted, termine el trabajo”. El auxiliar se acercó y le pidió a Ivancho que se agachara porque no alcanzaba la coronilla. Ivancho es flaco, pero también alto y fibroso. No se agachó. Al contrario, poniéndose tieso pareció crecer un par de centímetros, siempre de espaldas a ellos. “No encuentro nada, mi teniente”. “La encaletó en los zapatos”. “No, mi teniente, los zapatos ya se los hice quitar”. “A ver, joven, ¿trae usted drogas o armas?”, le preguntó el oficial, como quien renuncia a hablar con el simio y se decide por el cerdo. “Bien-puestas-de-donde-no-me-las-va-a-poder-sacar”, soltó Ivancho tan rápido que yo mismo no estuve seguro de haber escuchado lo que escuché. El oficial se ajustó el uniforme, dudó y se metió ambos labios dentro de la boca, empujó a Ivancho hacia un lado y gritó: “¡Circulen!, ¡circulen!, que no tengo todo el día”.

Ellas ya habían pasado su requisita. Avanzamos hacia la arena hasta atravesar el túnel de entrada. No las veíamos. Estiramos cuello diez minutos y empezamos a emputarnos. “Echemos para adelante”, dijo Ivancho, y yo alcancé a preocuparme, porque en su tono oí renuncia, como si dijera: Dejemos que se pudran. No fue así, afortunadamente. Caminamos hacia la tarima pegándonos al costado izquierdo, y ahí, desde la altura del bloque de gente acomodada, avanzamos hacia el otro lado. Las encontramos de una en el costado derecho, empinadas echando ojo en dirección de la tarima y cuchicheando emocionadas.

Acomodados en el ruedo de aquella Plaza de Toros de la Santa María, y rodeados por un gentío que no paraba de crecer, Ivancho se me acercó y me dijo “Vicente, el tesoro”. Miré alrededor, me metí una mano entre las güevas y me saqué el moñito de mariguana envuelto en un pedacito de papel periódico que él me había dado. “Discreción”, dijo luego, dirigiéndose a todo el parche masculino. Discreción, aprendí en ese momento, significa rodearlo construyendo una disimulada barrera con nuestros cuerpos de tal modo que él pueda pegarlo. Pegarlo (había aprendido meses atrás) quiere decir sacar un cuero, desmoñar algo de hierba y armar un bareto. Hace unos años parece que no hacía falta discreción. Ahora, dicen, existen incluso “infiltrados”, mancitos que por unos pocos pesos se camuflan entre la gente, identifican y señalan a quienes hayan metido trago o estén fumando. “Pero fresco, ya hay contraespionaje”. “¿Contraespionaje?” pregunté. “Pille”, dijo Ivancho, y se sacó del bolsillo unos papelitos adhesivos de colores

fluorescentes. “Con esto marcamos a los sapos. Uno se los pega en la espalda como sin querer, así la gente que los va viendo pasar sabe en qué andan”. Dicho y hecho. Me entregaron un par de papelitos y me dijeron que estuviera atento. Llegado el momento tenía que actuar con confianza. “¿Actuar con confianza?” “Pegárselo en la espalda al que pille echando visaje, pendejo”.

Fumaron con los ojos bien abiertos, les pasaron el baretto a nuestras parceras de barrio, ellas fumaron y lo regresaron a punto ya de no haber de dónde agarrarlo. Así y todo Ivancho lo cogió entre el índice y el pulgar y le siguió aspirando. Yo dije paso.

Esperamos una hora antes de la aparición en escena de la primera banda. Las torres de sonido que enmarcaban la tarima tronaban éxito detrás de éxito: The Clash, Beastie Boys, el *Welcome to the Jungle* de Guns N’ Roses varias veces. De nuestro parche Silvana era la que más bailaba. No lo hacía con convicción y energía. Apenas se movía. Descolgaba los brazos y con la cabeza como desprendida del cuello abultado por los audífonos del walkman se balanceaba de un lado a otro, desentendida hasta de sus amigas. Era un movimiento lento, aburrido, casi de enferma. Sí, era todo eso. Pero también era esplendor. Nosotros no nos movíamos. Apenas echábamos visaje como buscando espías o como si se nos hubiera perdido algún conocido. Hablábamos, pero a menos de que alguno dijera algo verdaderamente gracioso cero risas. Ellas sí. Todo el tiempo. Señalaban a la gente y soltaban carcajadas y sacudían el cuerpo.

En un momento dado Ivancho y yo nos quedamos solos. Le pregunté a cuántos conciertos había ido. Dijo que a algunos y dijo también que los de rock en español eran los más ásperos. “Si la banda aguanta, el viaje es en cohete”. Le pedí que se explicara. “Vicente, mano, aquí todo es cosa de qué tanto consiga uno engancharse con lo que pasa en la tarima”, comenzó diciendo. “Los gringos, por ejemplo, espectaculares que son, inventaron el turismo de tarima. Usted sabe: subirse al escenario, sentir el clamor del público pogueando y saltar de regreso al tumulto antes de que el man de seguridad llegue y lo lance a uno de una patada en el culo. ¿Sabe para qué se inventaron esos manes el turismo de tarima...? Bueno, yo no sé, la verdad ni siquiera estoy seguro de que hayan sido ellos, pero se ajusta ¿pilla? Se ajusta a su rollo de la excepcionalidad y los diez minutos y...” Entonces paró, sacudió la cabeza y siguió: “Mire, la vaina es que en el rock en español entendemos las letras. Pero ¿las entendemos...? Yo nunca del todo, tampoco me esfuerzo mucho. ¿Por qué no lo hago...?”.

Mientras hablaba me distraje en las ventajas de un parche futuro al lado de un tipo como él. Hacerlo charlar sabiondo era tan barato como un moñito.

“¿Usted ha oído al man ese que dice: *sólo letra escucha quien música cautiva*? Creo que es una frase en latín, ¿vivo cómo soy de educado?”, se interrumpió a sí mismo como ahogándose en una carcajada privada, carraspeó y escupió un gargajo. “Pero pilas, Vicente, que esto no es una secuencia... No es que primero vaya una cosa y luego la otra ¿pilla? Si usted entiende esto como una secuencia, si cree

que primero la música lo engancha a uno y entonces, como consecuencia, uno le presta atención a la letra, pues no entiende nada”.

El énfasis que Ivancho puso en la última frase me removió las tripas. Eché un vistazo alrededor. Ni en las graderías ni en el ruedo cabía un alma más. Era raro pensar que en esa misma superficie la gente se juntaba un mes al año a ver matar toros. Esperé a que dijera algo más, pero nada. Tuve ganas de prometerle que me fijaría en las letras del rock en español y de confesarle que nunca había pensado en todo lo que él estaba diciendo. El ruido crecía. El comienzo se hacía sentir como una manta eléctrica flotando sobre nuestras cabezas. Turismo de tarima, enganche, rock en español o la mierda que fuera, una cosa estaba clara: yo no iba a pegarle papeles fluorescentes a nadie. ¿Y si me agarraban y me sacaban? ¿Cómo iba a arriesgarme así en mi primer concierto?

Apreté las cejas y me cuidé de todo lo que se movía alrededor.

Cuando las 1280 Almas saltaron al escenario y el guitarrista soltó dos descargas breves, la gente se puso patas arriba. Chiflido y empujón y pogo. Hacia delante como arrastrados por un imán gigante. Durante los veinte segundos de avance eufórico me dio miedo desmayarme, meter mis dedos en los ojos de alguien o tropezarme y ser aplastado por la bota de algún loco de cien kilos. Me empiné para mantener la cabeza a flote y pillé, entonces, los hombros filudos de Silvana cortados por un top rojo sobre elásticos

negros de brasier. Se había quitado su chaqueta de cuero y se la había amarrado a la cintura.

Qué cosa con los putos espectáculos.

Dos gruesos rayos blancuzcos pegaron sobre las manos largas y huesudas del guitarrista, quien repetía las mismas primeras descargas que acababan de calentar a todo el mundo, ahora con otro peso, un peso como inflamado. El tipo llevaba bermudas y una camiseta manga larga ajustada y remangada hasta la mitad del antebrazo. Con la misma secuencia a punto de repetirse por tercera vez el man caminó hasta su micrófono y gruñó. La gente se volvió loca. Miré a Silvana y le vi la boca abierta y a punto estuve de distinguir su grito en medio de los otros miles de gritos, una oportunidad rara teniendo en cuenta que nunca antes la había escuchado gritar y que, detrás del gruñido del guitarrista, apareció en escena el cantante de la banda, multiplicando la agitación del público con la carrera de ida y vuelta que se pegó de un costado a otro de la tarima, en el colmo de la energía, con la capucha roja de su saco convertida en capa diminuta. Luego el man se quedó en el centro, y ahí, sin parar de saltar y de mostrar que él estaba más loco que todo el puto mundo entero, agarró la base del micrófono con las dos manos, se encorvó, puso otra energía, una como serenidad extraña para alguien que acaba de hacer cien metros en trece segundos, y gritó “¡Alegría!”. Esa mierda misma: Alegría, sin más y apenas levantando su puño izquierdo al aire.

El domingo anterior al concierto, mientras escuchaba en radio el programa Cuatro Canales de A. G. Villamarín, mi oído esponja había registrado toda la historia detrás del grito este. Decían que no era “propio” del cantante ni de la banda ni de un movimiento. Le decían “accidental”. El grito de batalla accidental de un bar de la ciudad al que le llegó el día en que fue tanta la gente que lo visitó de unas mismas “simpatías políticas”, que se hizo reconocido, se convirtió en el bar por definición y su grito, “por extensión”, en el grito de una “generación de simpatizantes”, lo que, así cerraban, “equivalía a decir una población arenosa del tiempo”. ¿Qué tal? Voladitos los de Cuatro Canales ¿ah?

La presentación duró una hora y fue puro voltaje. Cada canción era un gasto y a la vez un alivio ante algo que iba quedando atrás, algo irrecuperable. La capucha roja del vocalista líder voló en todas las direcciones como un gato escapando del fuego. Los brazos del baterista tuvieron que terminar vueltos mierda y de los dedos del bajista y del guitarrista no quiero hablar, porque francamente desde tan lejos nunca alcancé a enterarme si hacían fuerza o no. Cerraron con *Soledad criminal*, y como era el único tema de Las Almas que me sabía porque lo había grabado de Cuatro Canales, me lo canté enterito. Parado ahí, lanzando palabras entonadas que de tanto oír había memorizado, me dio la impresión de que tenían que ver conmigo y mis dieciséis años, con mis vecinos de espectáculo e incluso con la posibilidad de que, por unos segundos, en medio del pogo, yo simpatizara con esos vecinos, gente que jamás en mi vida había visto y que jamás volvería a ver.

Es el placer de tener tantas cosas bonitas/ para después en las fotos parecer un artista/ siempre en la escena underground que pagó tu papá/ y que tú te creíste que era verdad.

En esta soledad (soledad) criminal.

Es esta soledad (soledad) criminal (criminal).

Mientrastunoviaenelbañosepierdederuta/porquemaseres tan torpe elegiste una puta./Serías un buen posmoderno si supieras leer/ pero entre tanto muchacho no hay nada que hacer...

Silvana también cantó. Cuando sonaba el coro levantaba el brazo entero, como si entonara el más sucio pero también el más querido de los himnos. Como si en la soledad soledad ambas palabras no fueran la misma. Como si el estallido fuerte del bajo eléctrico fuera el propio pulso de su corazón.

Un hombre sale de noche a buscar compañía/ y termina apaleado por la policía./ Alguien compra y se inyecta la dosis letal/ alguien corre en la calle peligro mortal./ Alguien grita y llora y nadie le entiende/ y un anciano olvidado se vuelve demente.

En esta soledad (soledad) criminal.

Es esta soledad (soledad) criminal (criminal).

Cuando salimos, tres horas después y dos bandas más encima (una argentina y la otra venezolana), el parche entero resolvió que había que caminar, que nada de buses ni llanto. Silvana impuso el paso y en menos de una hora atravesamos las cuarenta calles que nos separaban de nuestras Torres Amarillas. A veces ella cerraba los ojos y abría los

brazos, enchufada a los audífonos de su walkman plateado, sin hablar con nadie, sin mirar atrás o a los lados ni para cruzar las avenidas principales. “Qué estará oyendo”, me pregunté yo en voz alta en cierto punto del camino. Ivancho me escuchó, se me pegó un poco como para no tener que hablar muy duro, y me dijo, cómo olvidarlo, “su propia descarga”. Luego me miró extrañado. Seguramente pensó que yo sabía. De pronto había asociado mi traga con eso. Pero ¿cómo putas iba yo a saber si mi comunicación con ella no pasaba de levantadas de ceja? Así que la muy guapita tenía su propia banda. “Sí. Policarpa y sus viciosas”, dijo Ivancho. Con razón las ojeras pintorreteadas de violeta oscuro, pensé, sin saber muy bien qué era lo que pensaba cuando pensaba eso.

Cruzamos la portería a las dos y media de la mañana. Estábamos mamados. Cada uno caminó hacia el apartamento de su torre sin mucha despedida. Entré en la casa y encontré todas las luces apagadas. Seguramente mi madre dormía el sueño ligero que dice que sufre cuando me quedo en la calle hasta tarde. Me metí a mi cuarto, prendí la luz y me tiré en la cama pensando en quitarme la ropa, pero apenas me saqué los tenis caí fulminado. Volví a abrir los ojos cuando empezaba a amanecer. Incómodo con la ropa encima me terminé de desvestir. Cuando me jalé por encima de la cabeza el saco de capucha negra tuve mucho cuidado. Acababa de comprarlo con los ahorros de las vacaciones. La ocasión, repasé despacio en la mente, se me había esfumado demasiado rápido: mi primer concierto de verdad. Entonces agarré un grueso marcador negro y me

paré sobre la cama. Hay un coro salsero que dice que uno debe ser “riguroso con sus fechas”. A mí y a mi oído esponja, que poco es lo que olvida, eso nos suena cierto. Levanté la cara y en una esquina del techo escribí la fecha exacta: 17 de junio de 1996. Luego apagué la luz y volví a acostarme. En la oscuridad, a punto de cerrar los ojos, el brillo irritante de varios de los papelitos fluorescentes para identificar espías, pegados en la espalda de mi saco nuevo, me subió a la bezaca e hizo clic. Tsss, Ivancho malparido.

Almohada arriba. Punta de nariz aguileña al aire. Cuenecas lagañosas entrevistas. Lucas Alcázar estira el espinazo flaco y se vuelca sobre un costado del colchón tirado en el piso que tiene por cama. Cerca los gorgoteos secos como de grifos mal cerrados. Afuera, a lo lejos, el trepidar de pitos sordos y arranconazos de motor de una ciudad malograda.

Despierto y bostezado se arrodilla, pega las palmas a la pared y arquea la espalda flexionando los codos, largo rato, un costado levemente inclinado, luego el otro. Cuando acaba de estirar se soba el antebrazo derecho. No alza las cejas. No arruga la frente. El dolor que lo acomete es apenas un leve rictus paciente. Cae entero y estruja los alambres del colchón que rechinan quejosos.

Media mañana. No parece importarle. Papeles, casetes, cucharas, camisetas, colillas, medias, cáscaras de banano y mandarina. Todo parece órbita de un escritorio envejecido. A su lado un discreto equipo de sonido Sony RMD-320 con

tres cuartas partes sobre una mesa enclenque de tres patas. Un armario empotrado de dos puertas remata el final de la única pared sin colgandijos. Cerca de este una silla; encima de esta un amplificador negruzco de bajo eléctrico Fender BXR 60. Por el piso cables.

Quince minutos más tarde un timbre sordo de teléfono suena. Lucas se pone de pie, tronco oscilante, y tropieza su palma derecha al tratar de coger la perilla de la puerta. Dos zancadas lo ponen afuera del cuarto y enfrente de un aparato de disco que se sacude en el suelo, color hueso y gotas chorreadas de pintura blanca.

—¿Síii...? —contesta. Con la mano que le sobra se refriega un párpado. Enseguida la baja y se rasca una nalga por debajo del calzoncillo—. Yo llego más tarde —dice, voz seca como piel de lagarto.

Todo indica que al otro lado de la línea entran en explicación extensa. Lucas emite murmullos perezosos de afirmación o negación.

—Bueno, bueno; voy a tratar de llegar más temprano... Porque dicto clase a esa hora... Sí, está bien, intento cambiarla —dice, mientras se despereza—. Úlrim, man, es el horario que manejan en la escuela... ¿Por qué no comienzan sin mí y luego...? —Será que lo cortan, porque un silencio pesado se ensaña—. Está bien, llamo a ver qué puedo hacer. Nos pillamos —cara rayada de fastidio.

Cuelga y regresa a su cuarto. Duda un instante parado frente al colchón. Se deja caer. Permanece demolido unos segundos. Al cabo se pone de pie, busca un número de siete

dígitos en su agenda magnética de bolsillo abandonada en una esquina exacta del escritorio, lo pronuncia en voz alta y sin parar de repetir la seguidilla sale del cuarto.

—¿Quién habla...? —del otro lado una respuesta que le borra las arrugas de la frente—. Quiubo, pelao, soy Lucas, ¿qué hacía...? Ah, bacano... Oiga, ¿podemos hacer clase una hora antes? Tengo ensayo, había calculado llegar tarde pero paila... ¿Cómo...? No no, todo bien, hagamos clase, sólo que me queda mejor a las doce... Eso, ya nos pillamos —clic.

Vaso de leche y mogolla. CD *Coffin for Head of State* al equipo de sonido. Baño breve. Lavada de dientes y caminata en toalla vieja hasta el armario. De allí Lucas saca un tubo de crema anaranjado. Desenrosca, unta dos montoncitos de pomada en cada antebrazo y tapa. Se detiene, observa el gel baboso como cagada de oruga, se cuelga del fraseo Fela silbando su armonía alzada, y con concentración delicada esparce el ungüento. Muñeca a codo; codo a muñeca.

Afuera el sol arde. En las calles del barrio de Lucas casi todo tránsito es peatonal. Entre zancadas largas baja recto acera occidental. Viste pantalón de dril azul claro, tenis Converse negros de cordones azules y una chaqueta jean teñida de vinotinto. La chaqueta, raída, encaja en su torso con propiedad. Carga cruzado a la espalda el estuche negro de su bajo eléctrico: color madera clara, trastes, cuatro cuerdas, Fender Squire Affinity P-BASS. Celoso parche de cartón paja y esparadrapo en la zona exacta del golpe de slap.